

LA GUERRA DE LOS IRLANDESES

EDUARDO HARO TECLEN

LA imagen de Margaret Thatcher en "battle dress" en las calles de Belfast al día siguiente del asesinato de Mountbatten y de la voladura de 18 soldados ingleses ha impresionado. Estaba hecha para impresionar: fuera del espectáculo, la necesidad de que la primer ministro de Gran Bretaña se viera de soldado camuflado es inútil. También lo es que vaya al Ulster: los gobernantes deben tratar de resolver los problemas en sus despachos. Pero en este tiempo el político también trabaja para la televisión y los fotógrafos: Margaret Thatcher quería demostrar visiblemente que estaba allí; y su uniforme de fantasía, que está dispuesta a combatir. Gestos, palabras, decisiones, conferencias, vienen realizándose desde hace ahora diez años —cuando la vieja lucha se convirtió en terrorismo— sin ningún resultado real. O desde hace sesenta años: el IRA comenzó en 1919 su guerra de independencia, la ganó parcialmente en 1921-22, y aún combate por lo que considera el territorio irredento del Ulster. Aún habría que ir más atrás, a otro aniversario: al del 10 de septiembre de 1649 —trescientos treinta años—, cuando Cromwell pasó a cuchillo a la guarnición de Dublín, diciendo que era un "justo juicio de Dios", que no toleraba a los católicos.

La cuestión del Ulster, la cuestión de Irlanda, tiene una complejidad mayor de la que se suele utilizar en los enfoques actuales. Tiene una trayectoria histórica de colonizadores y colonizados, partiendo de una considerable crueldad en los colonizadores que va desde la violencia física de Cromwell y sus continuadores a la violencia social y económica de la condena al hambre; tiene, concretamente en el Ulster de hoy, una discriminación social entre los descendientes de los repobladores —los colonos— y los de los colonizados; esta discriminación se dobla en un aspecto religioso, puesto que los dominantes son anglicanos, descendientes

de los puritanos, y los dominados son católicos. Y tiene un aspecto nacionalista. Las mismas intenciones de solución ofrecen una gran diversidad: los que pretenden el mantenimiento del estado actual apaciguando por la represión; los que quieren una determinada autonomía doblada con una revolución social; los que pretenden la independencia pura y simple; los que quieren que sea integrada a la República de Irlanda, a la que parece pertenecer por una serie de razones culturales históricas, raciales y religiosas... Ninguna de las soluciones es fácil.

Sin embargo, a pesar de su imagen, a pesar de su conservadurismo y de su filiación imperial, Margaret Thatcher no tiene una actitud represiva. Ni siquiera la importancia de los últimos atentados la han conducido a esa actitud. Incluso enfrentándose a una opinión pública que, conmovida por la nueva sangre y hasta por la calidad de esa sangre —Mountbatten gozaba, además de ese afecto general y vago que tienen los británicos por la familia reinante, la fama de su brillantez en la guerra—, pide actitudes enérgicas. Mrs. Thatcher intenta las soluciones políticas. Este miércoles tiene una conferencia decisiva con el primer ministro irlandés, Mr. Lynch. La palabra decisiva es sin duda exagerada, si tenemos en cuenta que continúa unas negociaciones antiguas y que probablemente no va a terminarlas: importante en las actuales circunstancias. La República de Irlanda está acusada de una especie de complicidad en el terrorismo, aun siendo involuntaria para su Gobierno. "Los británicos están absolutamente hartos de las pías declaraciones de los políticos irlandeses que hablan mucho y no hacen nada", escribe el "Daily Express" (conservador), mientras el "Mirror" (laborista) insiste en que el Gobierno anuncia siempre una lucha contra el IRA que no lleva a efecto, denuncia a los terroristas, pero les da asilo: "Se

proclama el enemigo determinado del IRA, pero el partido gubernamental y los servicios de seguridad están repletos de simpatizantes del IRA". Falta por añadir la opinión irlandesa, en cuyo medio hay simpatías, ayudas y complicidades con los combatientes. El cual IRA —Ejército Revolucionario Irlandés— tiene a su vez varias ramas, varias divisiones, que a veces producen "arreglos de cuentas" más o menos sangrientos. Hay, por lo menos, un IRA "oficial" y un IRA "provisional": el primero, acusado de marxista y aun de comunista por el segundo, propende efectivamente a unas soluciones socialistas —no sólo para el Ulster, al que considera como parte total de Irlanda, sino para Irlanda misma— y

pación extranjera, y que los protestantes son unos colonos protegidos por el Ejército británico; el enfrentamiento de religiones respondería a una relación de explotadores y explotados. Para ellos, se trata de una guerra y la guerra no tiene límites en la acción: todo británico es un enemigo; y no hay diferencias ente soldados, mujeres o niños. Una bomba que estalle en un hotel frecuentado por británicos no puede tener más significado que el que tiene una bomba lanzada desde un avión contra un país enemigo: un arma de guerra. Aun así, tienen una secesión de grupos que les consideran blandos: el INLA (Ejército Nacional Irlandés de Liberación), que tiene preocupaciones nacionalistas.



Francis McGill, veinticuatro años, llega a la Corte Criminal de Dublín. Ha sido acusado, junto con Thomas McMahon, de treinta y un años, del asesinato de lord Mountbatten.

reniega del carácter religioso de la lucha en el Ulster: esta división no sería más que un fruto de la acción colonial para dividir a la clase obrera de una manera artificial, y no con arreglo a sus verdaderos intereses sociales y económicos. Los "oficiales" son políticos, buscan la legalidad, e intentan que la reunificación de Irlanda se haga bajo el signo de una ruptura total con las estructuras actuales. Los "provisionales", en cambio, creen que el Ulster está pura y simplemente bajo una ocu-

Los ingleses no están siendo blandos en el Ulster. El Ejército —unidades especiales de paracaidistas, a la que pertenecían los 18 soldados muertos en la emboscada de Warrenpoint—, los servicios de seguridad, los policías de la Royal Constabulary, actúan con dureza. Las viejas garantías de la ley británica están suspendidas. Hay acusaciones de tortura, de asesinatos encubiertos, de ley de fugas o de enfrentamientos callejeros; hay campos de concentración, celdas de cas-



Margaret Thatcher, en "battle dress" por las calles de Belfast.

su pacificación, una vez establecidas ciertas normas constitucionales, ciertos referéndums y ciertas elecciones que dejaran organizado al territorio. Más o menos lo que se ha tratado de hacer en las descolonizaciones africanas o asiáticas de Gran Bretaña, y la verdad es que casi nunca se ha conseguido. Pero no se ve, tampoco, cómo podría llegarse a esa pacificación. Por otra parte, Londres teme sobre todo a ese abandono, porque aún sigue considerando súbditos de primera clase a los protestantes, que tienen un poderoso "lobby" que influye en los Comunes y en el Gobierno.

No parece que el actual Gobierno Irlandés esté, por su parte, decidido a heredar el problema. Para la República de Irlanda, la unión de un territorio con esa carga explosiva no haría más que aumentar el enfrentamiento del IRA con la actual forma de gobierno; para evitar el caos y la guerra civil en el Ulster, si lo integrara, terminaría teniendo que enviar a su vez soldados y Policía, y ello no haría más que trasladar la guerra civil a la misma Irlanda. El Gobierno que repre-

senta Mr. Lynch tiene que esgrimir unas simpatías ulsterianas y una lenidad para con los combatientes que se refugian y se organizan en su territorio, pero es, principalmente, porque les tiene miedo.

No parece, por lo tanto, suficiente ante sucesos como los más recientes del Ulster emitir condenas morales contra el terrorismo, sino una comprensión de la profundidad de un problema que no está en vías de recesión. El IRA acaba de declarar que su lista es larga. Y su orgullo por lo realizado: "Después de diez años, destruimos por completo un pelotón, lo que representa la mayor pérdida británica en nuestro país en cincuenta y ocho años". Empiezan también a recibir lo que consideran una solidaridad internacional. El dinero y las armas les están llegando a raudales de los Estados Unidos. Es un reflejo natural a partir de un precedente: Los judíos de Estados Unidos ayudaron a los terroristas de Israel, uno de los cuales —Begin— es hoy el primer ministro, y les siguen ayudando. Los irlandeses de América, con familias que tienen también un poder —desde los grandes políticos, como los Kennedy, hasta la mafia irlandesa; no tan fuerte como la italiana, pero con gran poder— sienten esa razón de ayuda, y hasta hace poco el irlandés gobernador del Estado de Nueva York pretendía que se celebrase en su ciudad una conferencia de reunificación irlandesa. También pretenden la capitalización de la visita del Papa a la República de Irlanda y también tienen para ello un precedente: la visita papal a Polonia. Si en aquella ocasión se realizó una reconversión del catolicismo polaco en una política contra un Estado ateo, no ven los irlandeses por qué en ésta no ha de revalorizarse políticamente el catolicismo irlandés contra un ocupante cuya religión es anticatólica y lleva por nombre el mismo que llevan los colonizadores; anglicana. De donde se ve que en este mundo en que vivimos se siembran precedentes con un sentido y se pueden recoger por el sentido distinto. Y que las condenas mortales tendrán que tener una universalidad también moral, y ni una parcialidad local o política. ■

El Ulster, de otra manera

LA entrevista entre Margaret Thatcher y el premier irlandés Jack Lynch es el acontecimiento de la semana. La prensa perdió la calma de que hace gala cuando se trata de acontecimientos similares en otros países por el terrible atentado que costó la vida a lord Mountbatten y otras personas. Nunca, desde luego, se han dedicado a ETA entre nosotros los calificativos que aquí se usan estos días para condenar al IRA. Tampoco hemos presenciado en España una exhibición tal de emoción y gestos teatrales por parte de las autoridades. La famosa foto de Thatcher vestida con gorra, no del Ejército británico, sino de la organización paramilitar protestante Ulster Defence Regiment —equivale a una foto de Suárez en San Sebastián con uniforme requeté—. Pero de todo este tumulto, acentuado por las honras fúnebres dedicadas al otrora virrey de la India, ha salido un acontecimiento político importante que hay que dividir en tres consideraciones: el reconocimiento de la capacidad de acción del IRA, reconocimiento que ha sido expresado, incluso por el general en jefe de las tropas británicas en el Ulster, sir Timothy Creasy; el desconcierto gubernamental ante el fracaso del secretario para Asuntos de Irlanda del Norte, Humphrey Atkins, y la tensión inequívoca entre Dublín y Londres.

Se dice aquí que Margaret Thatcher pretende obtener de Lynch alguna de estas cosas: la extradición de los presuntos militantes del IRA que se refugian en la República, la intervención de la Policía británica y nordirlandesa (el Royal Ulster Constabulary) en los procedimientos que siga la Garda —Policía de la República del Eire— contra los terroristas y la autorización para que las tropas británicas crucen la peligrosa frontera para perseguir sospechosos. En la misma víspera del encuentro Thatcher-Lynch, el premier irlandés ha dicho sencillamente que nada de eso es posible, añadiendo que el fondo del problema es político y debe ser resuelto políticamente. ■

tigo, operaciones de limpieza. Mientras, las organizaciones combativas de los protestantes ejercen también el terror y las operaciones contra los católicos, más o menos permitidos por la Policía. En los últimos tiempos, todo se ha recrudecido, y hasta las distintas ramas nacionalistas y combatientes tienden a presentar mayor unidad, mientras el pueblo, resentido por esta forma de ocupación y falta de soluciones reales a sus problemas reales, les ampara.

Las soluciones que podría abordar el Gobierno británico no son fáciles. Una corriente de opinión importante en Londres comienza ya a insistir en que es mejor abandonar el Ulster que mantenerlo a ese precio. No sólo un precio de sangre, sino un verdadero tesoro económico que se derrocha para mantener una situación imposible. Pero abandonar el Ulster significa entregar ese territorio a una guerra civil. Protestantes y católicos se enfrentarían en una guerra a muerte. La intención gubernamental podría ser la de desligarse del territorio una vez conseguida